

centes ni nada, donde a nadie le faltaba un plato de comida ni un duro para gastárselo, y con todo lo que se llevaba pasado en España, estuvieran llegando las alteraciones y las cosas políticas, que tanto daño hacían, y que en esa parte de momento no bullían más que lejos, por los periódicos y en las charlas de los cafés. Me acuerdo como si fuera hoy del día que pasé tan malísimo esperando la noche, y de que era un día precioso, con un solecito que no apretaba y aquella Naturaleza, que hubieran hecho falta un Murillo o un don Pedro Antonio de Alarcón, las flores, los pájaros, los conejos saltando, esos pinares. Y yo nubla, preocupao, cómo iba a estar. Pero para mí solo, sin darle un cuarto al pregonero. Me fui sobre las siete al almacén, que el almacenero tenía puestas unas mesillas de madera y hacía un café riquísimo, de aquellos de maquinilla; rico-rico. O ese vino de La Palma, con las tapias de esos perniles, y esos morcones, y ese jamón de Jabugo y de por allí... Bueno: estuve allí un rato con Adolfo y los de siempre, y les dije que me iba, que tenía que contestar unas cartas.

Ya en mi casa, entre aquellos cinco hombres sentados, callados, el Ulpiano fue al grano en seguida; pero hay que ver lo que son las cosas: me di cuenta corriendo de que no era él quien tenía vara alta en aquello, sino otro hombre, un tal Valentín, que hasta esa noche me había parecido el más infeliz del mundo.

Yo puse el parche antes:

—Lo que te dije anoche, Ulpiano, y se lo digo ahora a todos ustedes, que podéis meterse en una de espanto y que luego os vais a arrepentir.

—Eso es cosa nuestra, don Pablo. ¿Usted nos quiere ayudar o no? Usted aquí es amigo del Radigué y de medio mundo. Queremos hablar. Si no podemos hablar y no nos van dando lo que queremos, antes o después viene la huelga. Ya tenemos una lista de lo que queremos: aquí está, pero es para que usted se entere despacio. Usted, como si no la hubiera visto.

Y me dio un papel escrito con tinta y en cuatro dobleces. Grande. Me lo guardé en un bolsillo.

—Y por las malas, con las huelgas y todo eso, ¿qué ibais a sacar en limpio?—les dije—. ¿Qué? Lo que te he dicho: que no les pagan a ustedes mal, ¡que no! Si supierais los jornales que he visto yo pagar en el campo, por Aripe, por Medina... Y eso cuando hay trabajo, que igual no lo hay en muchos meses.

Ulpiano se puso nervioso:

—¡Si es lo mismo!: nos importa tó el mundo. Además que...

Entonces se metió Valentín, el que yo estaba notando cada vez más que era el que mandaba, y que me había parecido incapáz de matar

un mosquito. Pero no habló como el de Perruná, sino como defendiéndome:

—El lo que se cree es que estamos divinamente—le explicó a los demás, y luego se volvió a mí—: No, don Pablo. Comer todos los días, sí, ¿y qué? No trabajamos en una seguridad; nuestros hijos no pueden estudiar si ellos quieren; los dineros, a la gente gorda de por aquí o de fuera. Y mucha miseria a la vista el día de mañana: lo comido por lo servido y la vida se quedó en el tajo. Además, don Pablo, no se crea usted que esto nuestro es ná más que de aquí. No, no. Es una cosa generá y así está España. Estamos hartos de que nos expriman.

El hombre hablaba con los ojos y la voz limpios, y yo pensé: «*Unos equivocados, están equivocados, envenenados. Por dónde habrá llegado aquí esto, Dios mío*».

—Bueno—les dije—, yo creo que estáis equivocados, pero voy a hablar con el señor Radigué. ¿Y qué le digo?

—Lo primero que tendría usted es que leer ese papel y convencerse de la razón; si no, mejor va a ser que no se meta. Y luego, si le parece de razón lo que queremos, que ellos lo vean a usted un poco de nuestra parte. Sin darles detalles, ya se los daremos nosotros. Pero no es lo mismo si vamos nosotros de sopetón, que si usted se lo dice y el jefe ve que de entrada nos aprecia y no le parece mal.

¡Vaya: que les preparara yo la cosa y le pusiera el *nihil obstat!*... Pero eso de amarrarlos corto... Esto que me dice usted de cortar por lo sano y denunciarlos, no sé. Eso tampoco... No... Usted no sabe, don José María, lo que me he roto la cabeza con aquello en todos estos años, tantos... Y una de las cosas que sigo no entendiendo, una cosa verdaderamente rara y curiosa, es que desde que terminó la conversación de aquella noche, que fue tal como se la acabo de contar, ya nunca me he podido acordar al detalle de nada de lo que se habló luego, sino de lo que pasó. Y mira que luego corrieron palabras de un lado y de otro. Pero lo mismo que le he dicho casi letra por letra lo que se habló la noche aquella, me sería imposible decirle, ni siquiera por encima, ni una frase ni un párrafo de todo lo que se habló después. ¿No es curioso? Imposible. Y es que creo que me hice un lío. Que en lo que esperaban de mí no les respondí ni a unos ni a otros, no. O que los nervios se lo llevaron todo por delante, yo qué sé.

Resumiendo: el papel ni tuve que leerlo, una miradita bastó y sobró para ver que allí estaba, más o menos, lo que me habían dicho, lo que ellos querían. Y que me pareció bien, sí; muy bien. Pero claro, siempre temiendo que allí hubiera otras cosas: el odio al rico, los anarquistas, las bombas; todo aquello...

Dos días se me fueron sin decidirme a hablar con don Julio (dos días que para mí se quedan). Al tercero, los hombres volvieron por la noche a casa; los mismos. Me dio fatiga y les dije una cosa por otra; les dije que había hablado ya con don Julio, que no siguieran porfiando con eso y que ya no podía decirle más, pero que por Dios me hicieran caso. Se fueron muy inquietos y aquella noche no pegué ojo.

Cuál no sería mi sorpresa cuando por la mañana me manda don Julio llamar a su despacho, y vi que me estaba metiendo los dedos a ver por dónde salía yo. ¡Angela María!... Primero cerró la puerta, cosa que él no hacía nunca, y encargó que no nos interrumpieran ni nos molestaran.

Empezó diciéndome que los tiempos se estaban poniendo revueltos y que era una lástima que por cuatro fanáticos fueran a pagarla cuarenta inocentes. Yo, con la mosca detrás de la oreja. Me dijo que el obrero pide, que nunca está conforme, que al mes iban a saltar con otras exigencias, y luego más y más; que él ya conocía eso, de Bélgica y de Inglaterra, y no quería que se nos fuera a echar encima aquí con lo bien que estábamos todos. Me convenció, como los otros, con lo suyo: lo mismo. Me dejó fumar tranquilo un ratito hablando de las cosas de siempre, y de pronto, como quien no dice nada, va y me pide que le contara lo que supiera, que no iba a pasar nada, y que lo hiciera incluso por el bien de todos, hasta de los que estaban enredando las cosas. Bueno, aquello era un dedal y todo se sabía al momento, todo; pero yo no sé cómo se enteró aquel hombre de que yo estaba metido en el asunto, porque lo que es venir a mi casa, a cualquier hora venían mineros y no mineros y quienes fueran. Le contesté que yo no sabía nada y me miró raro, serio. Traté de arreglarlo; le dije que sabía lo mismo que él, lo que se oía por ahí, que eran ellos, los mineros, no éste ni aquél. Porque en ese momento yo tenía presente el papelito y las caras de los hombres, y a Valentín, que habló como defendiéndome, y yo también estaba con ellos a pesar del de Perruná, aunque la cara y las manos del de Perruná también se me pasaban por la cabeza, también. Pero don Julio siguió mirándome raro.

Ay, don José María, cómo va usted a decirme eso otra vez, por Dios; pero cómo, por Dios; imagínese usted: si yo jamás en la vida me había metido ni me he metido en política, cómo iba yo a meterme así ni a entender bien aquello, por Dios; cómo salía yo de aquel problema ni iba a hacer esto que usted me dice, si no me venía a mí de hacerlo...

Don Julio no me despidió tan atento ni, sobre todo, tan cariñoso siempre. Pero ni con mucho. Y para qué decirle a usted cuando Valentín, a la noche, se me acerca solo y procurando que no lo vieran según volvía yo de tomar café, que no tenía ganas ni de salir, pero había ido porque

quería entretenerme, distraer la cabeza un rato. Y el Valentín me dice, pero me lo dijo bien, con un respeto, que no me estaba portando y que no tenía que engañar a nadie, ¡ni a ellos ni a don Julio! Me quedé de piedra con que supiera que yo no le había dicho al director que los hombres querían verlo y con que me hubiera cogido en el embuste; eso sí que no lo entendí ni lo voy a entender. ¿Cómo era posible...? El sabía que yo no era malo, me dijo luego el Valentín, y que tampoco lo había denunciado a él ni a nadie, pero que eso no era así, que había que dar la cara. «*Hay que dar la cara, don Pablo.*» De esas palabras sí me acuerdo y de que me las dijo ya yéndose. ¡No sabía nada aquel hombre, como sabían, además, que yo *también* estaba con ellos y que tirando de mí una chispita podían tenerme del todo! Pero eso mismo fue lo que volvió a asustarme. Eso y un recuerdo que me vino, como en las novelas: el poblachón del norte de Andalucía, casi en la raya de Despeñaperros y la Mancha, donde había estado yo tres años.

Un pueblo animado, grande, con buenos dineros del aceite y de las minas, y lo de siempre: diez ricos y el pordiosero a tiras, los del paro... Ayer me dijeron que, ahora y allí ya todo es muy distinto a lo de antes de la guerra, pero que en el fondo es lo mismo: que no hay repúblicas, ni Primos de Rivera, ni Francos, ni reyes que lo cambien, y todos dicen que lo van a hacer. Y yo allí, en la mina, en mi apuro, me acordaba de una revueltilla que hubo en aquel pueblo una mañana y cómo terminó, salieron perdiendo los que tenían que perder y de qué manera: el que escapó mejor fue con un palizón. Las cosas buenas también las veía, no es que se me fueran. Algunos de los fuertes se gastaban allí bien los cuartos en obras de caridad y de fomento, la Asociación Benéfica, por ejemplo, una cosita bien hecha, con su comedor, que yo hablé bien de ese comedor en los sermones porque valía la pena, y «El Ropero del Pobre» y «La Gota de Leche», en combinación con el Ayuntamiento: Todo eso eran obras buenas, claro que sí. Pero había salido de ellos mismos, nadie había ido a sacárselo por la fuerza: lo que dan, lo dan, y lo que no, no, porque es suyo y tienen la sartén por el mango, y siempre algunos mucho y otros en la necesidad, siempre.

Me vi a Valentín, a Ulpiano y a todos aquellos arrastrados y conducidos como los de la revueltilla, qué otra cosa les podía pasar a los infelices, y pensé en las mujeres, en los chiquillos, en la Casa Cuartel de Sevilla o de Huelva metiendo por allí en un rato a un camión de civiles o de guardias de Asalto. Yo maldiciendo la hora en que se fijaron en mí y me dieron su confianza.

Volví a mentirle a Valentín y hasta se me quebraba la voz, creo yo. Qué iba a decirle; me figuro: le diría que me dejara y se quedara en

paz, que no había nada que hacer y que, aunque no me dijeron nada, yo sabía que los otros tenían su fuerza y estaban preparados para lo que fuera. Le pedí por lo más sagrado que volvieran a pensarlo, que iba a ser su perdición y que no iban a sacar en limpio más que disgustos y ruina. Hasta se lo juré, don José María, hasta se lo juré con los nervios; me acordaba de lo otro y de que acababan de pasar cosas malas por Bilbao. Y por Asturias. Se lo juré y me creyó; ya al final el Valentín estaba, me parece a mí, con los mismos miedos que yo tenía y le estaba metiendo en el cuerpo. Así lo puse.

Dos o tres días después me fijé en que la pareja, la Guardia Civil, no me quitaba ojo con disimulo, ¡a cualquier hora!, y que el trato con todo el mundo, hasta con Adolfo y la mujer, ya no era el mismo; qué iba a serlo, eso lo nota cualquiera. Valentín desapareció un buen día de La Humosa; cobró hoy y se fue mañana. Y el miedo mío se lo pegó a los demás, a los otros cuatro y a los que fueran: lo supe luego y de casualidad. Pero eso sí: allí, en La Humosa, no pasó nada. Allí, no. No pasó ni cuando el desastre del Esperón, con muertos, heridos graves y un montón de apaleados y de presos. Aquello se corrió a muchas partes, y allí, nada. En La Humosa no pasó nada.

No me pasó más que a mí.

Sin decirme nadie esto ni aquello, se fueron enfriando y terminando las amistadas con unos y con otros, las atenciones... Quedó el respeto, pero qué hace uno con el respeto cuando está hecho a otras cosas.

Por eso me vine aquí, a Huelva, que son ya cuarenta y tres años los que llevo viviendo donde tiene usted su casa, ahí, en Seis de Julio, junto al Callejón de los Tumbados. Me vine porque veía que los altos, los bajos y los de en medio me trataban ya allí de cagalástima. Se acabaron el tute, los patos con gurumelos y las corridas por ahí en el «Ford» de don Julio, y aunque no hubiera habido nada de eso, el calor de la gente. Se terminó, don José María. Por eso me vine. Y tres veces que quise entrarles de lejos con la cosa a Adolfo, luego a don Julio y después a Ulpiano, los tres cambiaron de conversación, y Adolfo me dijo: «Deje usted eso, padre», y yo, que ya iba a hablarle sin tapujos, le dije: «Bueno». Qué le iba a decir.

Las mujeres sí seguían yendo a misa y a todo. Pero lo demás, allí, se me había muerto y yo, sin comerlo ni beberlo, era un muerto. ¿Sabe usted lo que pasó?: si me hubiera puesto en contra de uno o a favor de otros, quién sabe. Pero para los de arriba era ya el sospechoso, el que no habló en su momento lo que ellos creían que iba a hablarles. Y para los de abajo, un cobarde mentiroso, que se aprovechaba de los de arriba y que a sus niños les daba estampitas y a ellos buenas palabras, un

chiste y encarguitos indirectos de los patronos, en plan llorón, para que nadie se moviera.

Me vine, usté compréndame, y menos mal que aquí, en Huelva, volví a hallarme en mi ser poco a poco, que mi tiempo me costó, porque luego, también, la guerra. Ya allí era lo que le digo, un muerto. Con el del accidente, el único muerto de La Humosa.

FERNANDO QUIÑONES

María Auxiliadora, 5, 10.º piso
MADRID-20